

El excedente económico y los valores sociales.

La posibilidad de un excedente, surge cuando el proceso de producción produce un producto material mayor de lo que se necesita para la reproducción material de los productores. La potencialidad de este excedente no depende de que se lleve a cabo un proceso de optimización irrestricta. La optimización es recién un problema de las sociedades capitalistas y socialistas modernas, mientras que, anteriormente a estas sociedades, ni siquiera era consciente. Sin embargo, un excedente potencial existe desde mucho antes.

No es necesario que un excedente potencial sea también apropiado por las clases dominantes; puede ser apropiado también por los productores mismos. El excedente existe por el simple hecho de que el producto total es mayor que lo necesario para la reproducción material de sus productores. Recién a partir de un momento histórico bien determinado aparecen grupos que expropián el excedente de los productores directos y se lo apropian (hace aproximadamente 5000 años) De hecho, las civilizaciones modernas comienzan con esta expropiación del excedente potencial y su uso en actividades de nuevo tipo.

Hasta ahora habíamos tratado la división social del trabajo exclusivamente en términos del producto material producido por los productores directos, suponiendo que estos productores se apropian del producto total, dentro de los criterios de la complementariedad y de la factibilidad, principalmente. Eso ya nos permitía analizar la necesidad de determinados valores sociales, especialmente el de una ética del trabajo básica, que surge a nivel de los propios procesos de trabajo. Se trata del hecho de que cada sujeto-productor tiene que organizar sus impulsos de manera tal, que surge la necesaria atención, puntualidad y sentido de compromiso, para llevar a cabo el proceso de trabajo mismo. Sin el surgimiento de esta ética básica del trabajo, no se podrían efectuar los propios procesos de trabajo. Tal ética del trabajo es, desde el comienzo, un problema social, porque cada uno de los procesos del trabajo dependen, en su posibilidad, de cada uno de los otros procesos de trabajo. Por lo tanto, tal ética del trabajo es asumida e interpretada socialmente dentro de una ética de complementariedad. Todos tienen que cumplir sus tareas para que cada uno pueda cumplir con la suya. Tiene que existir, por tanto, una ética del trabajo socialmente compartida, para que pueda existir la propia división social del trabajo. La sociedad surge dentro de esta mediatización por la división social del trabajo, y sólo recién dentro de esta mediatización se concretiza el conjunto social. La división social del trabajo, por ello, no es ni causa ni motivación de las relaciones sociales. Sin embargo, el desarrollo de las relaciones sociales pasa por el desarrollo productivo y, por tanto, impulsa el desarrollo de la división social del trabajo, que es el ámbito de la objetivación de las relaciones sociales y el ámbito dentro del cual se impone la reproducción de la vida material como la última instancia de toda la vida social. Cuando más se desarrolla la división social del trabajo, más tiene que desarrollarse esta ética de la complementariedad, dentro de la complementariedad que sostiene la propia ética del trabajo.

Toda esta ética, tiene como precondition la prohibición formal de matar. Sin embargo, de las mismas condiciones de la división social del trabajo se derivan dos tipos de normas estrechamente vinculadas. El primer tipo son las normas de intercambio. Este intercambio no es necesariamente mercantil. Sin embargo, tiene que haber alguna regulación de la entrega de una parte del producto de cada uno a otros y de la recepción de una parte del producto de los otros por parte de cada uno. El otro tipo son las normas de sobrevivencia, las que regulan que a cada uno de los productores les llegue, por lo menos, lo necesario para la reproducción material de su vida. El primer tipo de normas se deriva de la complementariedad y el segundo de la factibilidad del sistema. En sociedades muy tradicionales, los dos tipos de normas pueden fundirse en la norma de sobrevivencia. El conjunto de tales normas se suele derivar de un mundo mítico que sustenta en términos de la conciencia colectiva el propio sistema de la división social del trabajo. También, ese mundo mítico solamente se puede sostener si sostiene la división social del trabajo existente y la mantiene dentro de sus límites de factibilidad.

Todo este conjunto de normas es explicable ya a partir de la división social del trabajo restringida al plano de la producción material. El excedente potencial es apropiado por los propios productores, ellos mismos cumplen con las tareas de organización social de la sociedad (administración, defensa, educación, salud, religión) con un muy bajo grado de especialización en tales tareas. Una especialización y una extensión de la división social del trabajo a estas funciones, recién es posible cuando grupos sociales se apropian del excedente y se transforman en clases dominantes. Se divide trabajo material y trabajo espiritual y las funciones de la organización social se especializan en un nuevo ámbito de la división social del trabajo. Al lado de la producción material aparece la producción de servicios, vinculada al poder de expropiación del excedente de la producción material. Este poder de expropiación del excedente tiene que ser específicamente represivo, por el hecho de que ahora el productor material produce un producto visiblemente mayor de lo que el recibe como remuneración de su esfuerzo.

A la expropiación del excedente de los productores materiales corresponde el desarrollo de nuevas producciones de servicios. Estos servicios son sumamente diversos y se van diversificando con el propio desarrollo de la producción material. Además, se transforman en condición de posibilidad de la producción material misma. Son estos servicios los que permiten el desarrollo de la productividad del trabajo material directo, al empezar con el surgimiento de las primeras grandes civilizaciones humanas, estructuradas por las sociedades de clase y los nuevos Estados. Se trata de obras de riego, ciencia, arte, pero también de un nuevo poder represivo capaz de organizar sociedades grandes e imperios. Paralelamente al trabajo manual directo, aparece el trabajo que es, indirectamente, relevante para la productividad del trabajo. En cuanto a este tipo de trabajo se le señalaba, en el siglo XIX, como un trabajo improductivo, contrapuesto al trabajo directo material, productivo. Sin embargo, se trata de una expresión sumamente confusa, la que parece indicar que estos servicios no aportan a la producción. Por el contrario, son de alta importancia para la propia producción material, aunque tengan una relación indirecta con ella. De hecho, las civilizaciones surgen a partir de la división del trabajo entre trabajo directo y trabajo indirecto, trabajo manual y trabajo espiritual, ciudad y campo, etc. Sin embargo, esta especialización en la producción de servicios, lleva a la monopolización de la creatividad humana en los productores indirectos de los servicios y, con eso, a la

monopolización del poder en sus manos. Este poder llega a ser un poder de extracción y apropiación del excedente potencial de los productores directos.

Estos servicios del productor indirecto no pueden ser pagados según su aporte. Al dar su aporte indirecto, no hay evaluación directa posible. Entre productores directos del producto material, tales medidas existen. En última instancia, la medida es el tiempo de trabajo. Pero en relación al aporte del productor indirecto, tal medida pierde su claridad. El organizador de una obra de riego no tiene la misma relación con su trabajo que el productor material de esa obra de riego. Algo parecido sucede con el artista, el sacerdote, el filósofo o astrónomo, pero también con el juez o el soldado. Transformados en trabajo especializado, en una división social del trabajo, estas actividades escapan a las medidas unívocas de los productores directos del producto material.

Cuando con la sociedad moderna aparecen, además, la ciencia y la tecnología como trabajo especializado de tipo indirecto, esta situación se acentúa más todavía. Toda creatividad parece estar ahora en las manos de los productores indirectos, mientras los otros se transforman en ejecutores que atienden las máquinas ideadas por otros.

En el grado en que estas actividades especializadas de tipo indirecto son concentradas por la propiedad privada, los propios organizadores de las empresas pueden concentrar toda esta creatividad frente a todos los otros.

Estos productores indirectos de los servicios necesitan legitimaciones de sus ingresos, las que se distinguen radicalmente de las legitimaciones que aparecen entre productores directos del producto material. Los productores indirectos apelan a valores eternos para justificar sus ingresos; los sacerdotes apelan al servicio a Dios, los filósofos a la verdad, los militares al valor por la patria; los científicos al valor del progreso y del conocimiento, los capitalistas al valor de la iniciativa privada, que es un conjunto de todos los otros valores eternos. No apelan a medidas, porque no hay medidas claras. Todos aparecen con justificaciones de sus ingresos, a las cuales se imputa un carácter infinito. Esta construcción de valores eternos y sus mitos correspondientes que los sustentan, sostienen el aporte infinitamente grande de estos valores, al lado del cual los valores de la producción material parecen ser inferiores o despreciables. Erigido el mundo de los valores eternos, la producción material parece perder valor. Pero por esta razón, precisamente, sirven para legitimar la apropiación de excedentes. Siendo el soporte de estos valores, cuyos servidores, los productores de servicios, son de valor infinito, su ingreso parece siempre menor de lo que merecen. De eso se deriva la tendencia hacia la maximización de su participación en el producto total y la limitación (y muchas veces minimización) de la participación de los productores directos del producto material. Esta es la razón por la que la apropiación de un excedente —que de por sí es algo necesario e inevitable en el desarrollo del trabajo humano— toma tantas veces la forma de explotación de los productores directos.

Sin embargo, su participación real necesariamente se limita al tamaño del excedente de la sociedad. Aunque puede ser menor, no puede ser mayor. Por lo tanto, para su participación en el producto total nuevamente rige aquella última instancia económica, que norma toda la división social del trabajo. Los ingresos totales de los productores indirectos de servicios tienen su máximo en el excedente potencial que se puede arrancar a los productores directos, sin impedir su reproducción de su vida. En caso contrario, se mata a la gallina que pone los huevos de oro y los propios valores eternos dejan de existir.

Las etapas del surgimiento del excedente.

Hay varias etapas del surgimiento del excedente. La primera ocurre en el interior de la propia producción material. Se trata de la producción del excedente agrícola. Este excedente es condición para que la división social del trabajo se extienda al tal llamado sector secundario de la producción, que es el sector manufacturero. La producción de este sector puede aparecer en el grado de que la productividad del trabajo agrícola sea suficientemente alta como para permitir un flujo de productos agrícolas del campo a la ciudad. La ciudad es el lugar, en el cual esta producción secundaria de la manufactura se concentra. Por supuesto eso mismo vale para el sector terciario de los servicios, que también puede surgir solamente sobre la base del excedente agrícola y que también se concentra en la ciudades.

Este excedente agrícola es efectivamente la condición en últimas instancia que en la historia humana ha hecho posible las grandes reestructuraciones de la división social del trabajo. Cuando hace unos 5 mil años aparecen las grandes civilizaciones humanas, pueden aparecer por un cambio agrícola ocurrido en muchos miles de años anteriores. Se supone que estos cambios se gestaron desde los 10 mil años antes de nuestro tiempo. Crean una vida humana basada en una cada vez más desarrollada división social del trabajo sobre todo en el trabajo agrícola, quedando muy reducida el desarrollo de los otros sectores (secundario y terciario). En este ambiente aparece la posibilidad de la constitución de civilizaciones unidas a la constitución de las grandes ciudades. Pero eso no es posible sino por transformaciones sumamente violentas de todas las relaciones sociales. Aparecen los grandes imperios, que someten el campo agrícola a la extracción de un excedente que permitía sostener la propia estructura de dominación, pero con ella cada vez más el surgimiento de un sector de producción manufacturera secundaria en las ciudades, que ahora constituyen los centros del agro circundante.

El excedente se extrae sobre todo con tributos, pero con el desarrollo de la producción secundaria puede pasar cada vez más al plano del intercambio entre campo y ciudad y aparece el intercambio mercantil de productos agrarios y productos manufacturados. También ocurre, que la organización de las ciudades y de la producción secundaria incide ahora sobre la propia producción agrícola, fomentando el aumento de su productividad. Eso es especialmente claro en las grandes obras de riego, que solamente el imperio puede organizar y que fomentan evidentemente la propia producción del excedente agrícola.

Pero la relación entre el sector primario agrícola y los otros dos sectores sigue predeterminado por el tamaño del excedente agrícola. En el período histórico entre la constitución de las primeras civilizaciones y la Edad Media, podemos estimar este excedente en alrededor de un 25%. Los sectores secundarios y terciarios (manufactura y servicios) ocupan el 25% de la población, mientras el 75% está ocupado en los trabajos agrícolas. Con la productividad dada de la producción agrícola, esta relación no es cambiante y esta productividad cambia muy poco en el curso de esta historia. Haya, por tanto, una relación, en la cual tres campesinos producen los alimentos para poder

alimentar a estos mismos campesinos y una persona más, que se dedica a los otros sectores. Por tanto, el 25% de la población vive en ciudades y el 75% en el campo.

Por supuesto, esta relación no es explicable por algunas "preferencias" de consumidores o por escaseces relativas. Se trata de un resultado forzado de la satisfacción de necesidades humanas, que no es eludible bajo ninguna circunstancia.

A fines de la Edad Media esta situación cambia a partir de Europa. La gran reestructuración de la división social del trabajo, cuyo centro fue la revolución industrial del siglo XVIII, es precedida por un cambio rápido anterior de la productividad del trabajo agrícola, que se gesta a partir del siglo XIII y XIV en Europa. Está muy vinculada con una intensificación del intercambio entre agro y ciudad. La entrega de los excedentes del agro a la ciudad pasa cada vez más al intercambio de productos y depende menos del tributo. Pero el efecto de los productos manufacturados en el campo es la posibilidad de un gran aumento de la propia producción del campo. Eso abre el espacio para un aumento de los otros sectores. Después de la conquista de América muchos nuevos productos tienen el mismo efecto. En el siglo XVIII la introducción de la papa en la región de Alemania y Escandinavia hasta Rusia permite un enorme salto de la producción agrícola. En el siglo XVIII el excedente agrícola ya alcanza alrededor del 50% del producto agrícola. Eso tiene como efecto de que ahora la mitad de la población se puede dedicar a actividades del sector secundario y terciario, concentrándose en las ciudades. Sin esta revolución agraria previa la revolución industrial no habría tenido ninguna posibilidad.

Después de la revolución industrial esta tendencia perdura. Los productos de la industria cada vez más inciden sobre la productividad del trabajo agrícola (maquinaria, abonos, pesticidas etc.) En el siglo XX en grandes extensiones de la tierra (por ejemplo EE.UU. y Europa) el trabajo agrícola ya no ocupa mucho más que alrededor del 5% de la población ocupada. Una persona en el campo ahora puede alimentar a 20 personas. Por tanto, más del 90% de la población en muchas partes del mundo actual se dedica ahora a trabajos del sector secundario y terciario, mientras en las otras partes del mundo se percibe una fuerte tendencia en este mismo sentido.

Pero, en última instancia, este excedente agrícola sigue siendo la base de todo este nuevo edificio de la división social del trabajo. Si falla, todo el edificio se viene abajo. Las preferencias de los consumidores jamás pueden sustituir el dominio, en última instancia, de las necesidades y la necesidad de la alimentación sigue siendo la necesidad básica de todas las necesidades.

Con el aumento del excedente agrícola aparece en los siglos XVIII y XIX un aumento rápido sobre todo de la producción secundaria (manufacturera). A fines del siglo XIX la población ocupada en el sector secundario se acerca en los países industrializados al 40% de la población. La producción material de productos ahora en total (suma de la producción agrícola y manufacturera) se acerca a un 75% de la población. El sector terciario ahora ocupa alrededor del 25%. En el siglo XIX ahora se empieza a hablar del excedente de la producción material. Efectivamente llegamos a una situación, en la cual el 75% de la población produce los productos materiales necesarios para ellos mismos y

para mantener el sector terciario de servicios. Tres ocupados en la producción material sostienen con productos materiales un ocupado en la producción terciario de los servicios.

La orientación de la división social del trabajo hacia el sector terciario.

A partir de fines del siglo XIX y durante el siglo XX ocurre otra vez un cambio de tendencias que se hace posible por un crecimiento rápido y tendencial de la productividad de la producción de bienes materiales, tanto agrícolas como manufacturadas. Aumenta ahora la participación de la producción terciaria en el producto entero. Aparece un excedente de la producción material cada vez mayor, que en el curso de la segunda mitad del siglo XX llega a dos tercios. La población ocupada en la producción de bienes materiales baja en los países industrializados baja a un tercio, mientras sostiene con productos materiales a sí misma y a dos ocupados en el sector terciario. Ocurre un desarrollo rápido en la división social del trabajo hacia ocupaciones de este sector. Eso comprende las actividades del sector comercial y bancario, pero igualmente las actividades de los servicios de investigación, educación, salud, seguridad social. Pero comprende también el aumento de la actividad policial y militar.

Todo este sector se distingue del sector de la producción de bienes materiales, cuando tenemos que cuantificarlo. El sector de bienes materiales se cuantifica a partir de los precios de intercambio. Por sumación de los bienes evaluados por sus precios se establecen las magnitudes del sector y de sus subsectores. Pero la mayor parte de la producción del sector terciario no se comercializa. Eso es evidente en el caso de la administración pública, del aparato militar y policial, de la educación, de la salud y de la seguridad social públicas. Pero algo parecido vale para los sectores de la comercialización y financiera. La comercialización no se comercializa y las tarifas bancarias se asemejan mucho a los impuestos. De hecho, tienen muy poco de precios del mercado.

Dada esta situación, el sector terciario no puede ser cuantificado sino por los bienes materiales, que tiene a su disposición. Se trata por un lado de los bienes materiales, que entran en el consumo de las personas ocupadas en el sector servicios, por el otro de los equipos que tienen a su disposición en la realización de su trabajo. La suma de los dos es ahora la cantidad correspondiente al tamaño del sector terciario. Sobre todo para los servicios públicos no hay otra manera de llegar a una cuantificación.

Sin embargo, esta cuantificación es oscurecida por las transferencias de ingresos correspondientes al paso del excedente de bienes materiales hacia el sector de servicios. Podemos explicitarlo a partir de un ejemplo numérico imaginado. Supongamos, que todo el sector terciario sea sector público, financiado por el presupuesto público. Supongamos ahora una tasa de excedente de un 50%, es decir, que el 50% de los bienes materiales pasan al sector terciario de servicios. En este caso el producto social consiste en 50% de producto de bienes materiales y el 50% de producto de servicios. Si el producto material entero es 100, cada uno de los sectores tiene un producto de 50. Pero en términos financieros no es posible así, porque hacen falta transferencias de ingresos del sector de

bienes materiales hacia el sector de servicios, para financiar la compra de los bienes materiales de parte del sector servicios. Estas transferencias se cobran como impuestos, y los impuestos tienen que ser la mitad del producto social, para que el sector terciario sea financiado. Este impuesto en el ejemplo tiene que ser del 100% sobre el producto material y tiene que ser un impuesto que pagan todos independientemente si están ocupadas en el sector material o no. Por tanto, el ingreso del sector material en términos financieros tiene que ser de 100, y el ingreso de sector de servicios igualmente de 100. El producto social bruto entonces será de doscientas, e.d. el doble del tamaño de la producción material. El impuesto total es de 100, y el producto material, incluido el impuesto, también es de 100. Hay equilibrio financiero entre los sectores y hay una cuantificación del sector de servicios en términos de su participación en el producto material.

Si ahora suponemos, que los impuestos son impuestos sobre los ingresos que no afectan el nivel de precios de los bienes materiales, tenemos para el caso de un cambio de la estructura de la división social del trabajo un resultado sorprendente. Supongamos entonces, que el excedente de la producción de bienes materiales se aumenta y llega a un 75%. Para que haya equilibrio financiero entre los dos sectores, el producto bruto total tiene que ser ahora de 400, de los cuales 300, es decir, el 75% se paga en impuestos. El producto material sigue siendo de 100, mientras el sector terciario de servicios tiene el tamaño de 300. Si se pasa de una estructura a la otra, el producto total se duplica con precios constantes de los bienes materiales. Sin embargo, esta duplicación es una simple ilusión. Para mí no hay duda, que las tasas de crecimiento de los países industrializados en parte significativa son adulterados por este efecto.

Tenemos así una determinación de la estructura de la división social del trabajo a partir de los excedentes producidos. El excedente agrícola da el marco de posibilidad del tamaño posible de los sectores secundarios y terciarios, mientras el excedente de la producción de bienes materiales da el tamaño posible del sector terciario. Los excedentes expresan marcos de factibilidad para la extensión de estos sectores. Estos marcos de posibilidad no desaparecen cuando consideramos el hecho, de que el sector secundario incide sobre la posibilidad del aumento de la productividad del trabajo en la agricultura, y el sector terciario incide sobre la posibilidad del aumento de la productividad del trabajo en la producción de bienes materiales en general. A pesar de estos efectos retroalimentativos sigue habiendo en cada momento un excedente, que determina el marco de factibilidad del tamaño de los sectores.

Una situación análoga de producción de excedentes se da en el interior de la empresa. En el análisis marxista se habla allí de excedente como tasa de plusvalía. Tiene dos dimensiones. Por un lado, la relación entre salarios y ganancias. Pero por el otro, la relación entre trabajo directo en la producción de bienes y trabajo indirecto, que no produce bienes, sino incide sobre esta producción de bienes. En este último sentido se trata otra vez de una tasa de excedentes. La teoría de la empresa, sin embargo, desarrolla un concepto de minimización del trabajo indirecto, hablando inclusive de su carácter improductivo, algo, que en el conjunto de la economía no tiene sentido ni en el

caso de considerar la maximización de la ganancia como objetivo central de la sociedad entera.¹

El desarrollo histórico de la división social del trabajo muestra, por tanto, cambios en el carácter de ella, que producen ampliaciones y profundizaciones de actividades, que anteriormente eran poco desarrolladas e integradas directamente en el proceso de trabajo de productos materiales. El desarrollo de la división social del trabajo la específica y con eso les puede dar un desarrollo mucho mayor.

Los cambios de la estructura de la división social del trabajo.

Los grandes cambios de la estructura de la división social del trabajo, sin embargo, siempre son cambios de la sociedad entera y jamás se pueden entender como acontecimientos simplemente "económicos". Ocurren en el contexto y como parte de convulsiones de todas las relaciones sociales y van acompañados por verdaderas "revoluciones culturales". A la vez son cambios que se refieren a todos los mecanismos de coordinación no solamente de las actividades insertadas directamente en la división social del trabajo, sino igualmente de los mecanismos de coordinación de las relaciones sociales en todos sus ámbitos.

Hay dos grandes cambios de este tipo, que cubren la tierra entera. El primero ocurre hace 5000 años y lleva a la constitución de las sociedades arcaicas. Cubre efectivamente la tierra y lleva a intercomunicaciones entre estas sociedades en Asia lejana, Así menor y el norte de África, que ya hace 3000 años se encuentran en un intercambio comercial y cultural regular, aunque siempre limitado por los problemas de transporte. Este cambio conlleva profundos cambios de todas las relaciones sociales. Es en este tiempo, que se constituye el patriarcado. Este desarrollo desemboca también en la transformación de las relaciones sociales por la aparición del dinero y relaciones mercantiles intensas, que se da a partir de los mil años antes de nuestra era. A partir de allí se forma toda una cultura, que Jaspers define por un "eje del tiempo" alrededor de la mitad del milenio anterior de nuestra era. Aparecen las religiones universales (Confucio, Lao-tse, Buddha, y el movimiento contestatario de los profetas de Israel) y pensamientos filosóficos abstractos (en Grecia y en la India). Eso va vinculado, obviamente, con el hecho, de que ya desde mucho tiempo habían aparecido en la división social del trabajo los intelectuales como especialización.

Todo el período, sin embargo, es un período sumamente violento. Las nuevas relaciones sociales son impuestas con sangre y fuego. Están en todas partes atravesadas por la dominación y la explotación de los seres humanos en términos no conocidos anteriormente.

¹ ver Mora Jiménez, Henry: Modernización capitalista y trabajo improductivo: Más allá del 'Justo a tiempo'. (Una investigación sobre la naturaleza del trabajo improductivo en las unidades empresariales de una economía capitalista). San José, Costa Rica, Julio, 1994. (tesis de doctorado ULACIT)

El segundo cambio de la división social del trabajo, que cubre la tierra entera, empieza con la colonización del mundo de parte de los poderes europeos. Su inicio es la conquista de América, para alcanzar a fines del siglo XIX todos los rincones de la tierra. Este cambio sigue todavía hoy, y la actual estrategia de acumulación mundial de capital con el nombre de globalización, es el último extremo al cual ha llegado. Igualmente con sangre y fuego se ha sometido y se sigue sometiendo el mundo a esta división social del trabajo. El cambio va otra vez a través de todas las relaciones sociales e implica una verdadera revolución cultural, que empieza en la Edad Media europea y culmina en el tiempo de la iluminación del siglo XVIII y en los sistemas filosóficos, que le siguen. Todo el ámbito cultural es convulsionado no solamente en el ámbito filosófico, sino igualmente en el religioso y en el ámbito de las artes. Eso es la aparición de la sociedad moderna, que desarrolla nuevos tipos de dominación y de la explotación del ser humano, frente a las cuales aparecen nuevos pensamientos contestatarios de emancipación.

Pero el propio desarrollo de la división social del trabajo en la modernidad tiene sus etapas, que involucran cambios íntegros de todas las relaciones sociales y del ámbito cultural. Eso es notable con el cambio de la división social del trabajo hacia el desarrollo de la producción terciaria de servicios, que a partir del fin del siglo XIX impregna todo el siglo XX hasta hoy. Hay un cambio profundo en los pensamientos tanto filosóficos como de las ciencias y aparece un cambio radical en todas las artes. Todas las religiones entran en una nueva crisis, aparecen nuevos fundamentalismos. Se trata de cambios, que todavía están en curso.

Este desarrollo de la división social del trabajo hacia la ampliación y diversificación del sector terciario parece hoy una tendencia a largo plazo. La ocupación de la población en la producción de productos materiales llegó a un tope. Sigue habiendo altas tasas de crecimiento, pero estas no llevan consigo aumentos significantes en la ocupación de los sectores correspondientes. Este estancamiento de la ocupación en la producción de bienes materiales es notable en los países más industrializados, pero aparece en el resto de los países como tendencia. Una razón importante está en el hecho de que la tierra resulta finita. La tierra de posible uso agrícola no puede ser aumentada y por tanto el aumento de la productividad de la producción agrícola implica la expulsión de productores del trabajo agrícola. Pero también la producción manufacturera llega a los límites que le impone el medio ambiente con el resultado de que también en este campo el aumento de la productividad del trabajo lleva a la expulsión de fuerza de trabajo. Solamente el aumento del sector terciario puede dar cabida a esta fuerza de trabajo expulsada.

Por eso un desarrollo de este sector es necesario. Pero su base es el excedente de la producción de productos materiales. Eso implica transferencias de ingresos de los sectores de producción de productos materiales hacia el sector terciario, sin las cuales no es posible un equilibrio financiero. Si solamente un tercio de la población está ocupada en la producción de bienes materiales, dos tercios tienen que ser ocupados en el sector terciario. En términos financieros estas transferencias tienen que comprender entonces dos tercios del producto social.

En parte estas transferencias tienen el aspecto de necesidad funcional del sistema. Eso se refiere primero a las transferencias hacia el comercio y hacia los servicios bancarios-financieros. Otros servicios, como los de la salud y de educación, son considerados al mismo nivel en cuanto son servicios privados y por tanto comercializados. La hipertrofia de estas actividades en la sociedad actual es tolerada por ser considerada como el cumplimiento de una función. Segundo, aparecen las transferencias hacia las funciones de administración pública en su desempeño en el campo de legislación, justicia y seguridad, inclusive los gastos militares. También aquí aparecen gastos derivados de la crisis del medio ambiente. También estas transferencias tienen el carácter de cumplimiento de funciones del sistema. Pero hay un tercer grupo de servicios, que tienen un carácter distinto. Son los servicios públicos, generalmente gratuitos, en el campo de la salud, educación, seguridad social, servicios comunitarios y culturales. Los podemos llamar servicios de bien común. Son servicios necesarios para mantener relaciones sociales sostenibles y sin su desarrollo intenso parece imposible una solución para el problema de exclusión de partes cada vez más grandes de la población mundial.

El conflicto se da hoy sobre todo alrededor de este tercer sector de servicios. Es un conflicto por el reconocimiento del bien común y por la sujeción del excedente de productos materiales a las exigencias del bien común. Sin embargo, se trata de un conflicto que marca todo el desarrollo social y cultural desde el siglo XX. La cultura occidental efectuó una decisión en contra de la solución de este conflicto. Se nota eso en la convicción general de que "juicios de valor" no pueden ser discutidos en la ciencia. De eso resultó la eliminación del bien común de las discusiones sobre la sociedad actual. Los propios excluidos son culpados de su suerte. El primer pensamiento que expresó nítidamente estas posiciones es el pensamiento de Nietzsche, que hoy sigue siendo el pensamiento más característico de nuestro tiempo. Es un pensamiento de puro desprecio de los "malparados", nombre que Nietzsche asigna a los explotados y excluidos de nuestra sociedad.

El significado del excedente y los cambios culturales.

Aparece así la necesidad de discutir el significado de la extracción de excedentes. De por sí la extracción de excedentes no tiene nada que ver de por sí con la explotación de aquellos, a los cuales el excedente se extrae. La extracción del excedente es condición de posibilidad del desarrollo de la división social del trabajo y está en su base. La extracción del excedente describe simplemente el camino de este desarrollo. Sin la extracción del excedente agrícola la división del trabajo no podría haberse extendida hacia la producción de bienes materiales manufacturados o la producción terciaria de los servicios. Igualmente, sin la extracción del excedente de la producción material la división del trabajo no podría haber alcanzado al sector terciario. El desarrollo de la división del trabajo y la extracción de excedentes son dos caras de la misma medalla.

Sin embargo, otro hecho es, que la extracción del excedente va atravesada por procesos de explotación sumamente violentos. Ocurre la explotación del campo por la ciudad y ocurre la explotación del productor de productos materiales por los sectores terciarios que

representan el poder. Pero no tendría ningún sentido querer enfrentar esta explotación por medio de la supresión de la extracción de excedentes. Sería suprimir la división social del trabajo mismo.

Lo de que se trata hoy es lograr emplear el excedente de la producción material preferentemente en función de las tareas del bien común y desarrollar la división social del trabajo en este sentido. Eso es necesario en relación a un desarrollo, que lleva a la hipertrofia de determinadas actividades del sector terciario, que están muy estrechamente vinculadas con los sectores dominantes de nuestra sociedad. Me refiero especialmente a la hipertrofia de los servicios bancarios y financieros, del comercio y de los aparatos de seguridad militar y policial. Estos sectores llegan a ser tanto más dominantes y importantes, cuanto menos la sociedad enfrenta las tareas del bien común. Pero algo parecido ocurre con la hipertrofia de la privatización de las actividades que tendrían que ser puestos directamente al servicio del bien común, como la artificial y febril privatización de la salud, de la educación y del seguro social. La puesta de todas estas actividades en los límites del servicio al bien común es condición de un desarrollo sostenible de nuestra sociedad actual.

De esta manera los criterios de la racionalidad económica, que habíamos derivado antes en relación a la división social del trabajo - el criterio de la complementariedad, de la factibilidad, de la maximización y de la humanización - se transforman. Los hemos desarrollado como criterios estáticos de la división social del trabajo en general. Ahora, sin embargo aparecen como criterios del proceso de desarrollo de esta misma división social del trabajo. Los criterios siguen los mismos, pero aparecen ahora como criterios de un proyecto de desarrollo de esta división social del trabajo.

Hemos visto hasta ahora la división social del trabajo no solamente como un fenómeno económico, sino como parte del desarrollo mismo de la sociedad humana en todas sus dimensiones. Reduciéndola a un fenómeno económico, no se la puede entender siquiera. Pero también resultó, que los procesos sociales y culturales que van paralelos al desarrollo de la división social del trabajo no pueden ser comprendidos como "superestructura" reflejo de lo que ocurre en el plano de la división social del trabajo. Si bien hay cambios inducidos por la división social del trabajo, los grandes cambios tienen que ser comprendidos probablemente por procesos inversos. Son nuevas dimensiones culturales a nivel de las religiones y de los pensamientos que abren nuevas formas del desarrollo de la propia división social del trabajo. Sin embargo, en eso la división social del trabajo y su coordinación mantiene una posición decisiva. En su marco se decide sobre vida y muerte de los seres humanos y hoy cada vez más sobre la vida de la naturaleza fuera del ser humano. Es el ámbito de la realización de todos los proyectos humanos y ningún proyecto puede ser realizado si no cabe en las posibilidades de su integración en la división social del trabajo. Es instancia de factibilidad de los proyectos humanos. Como tal es efectivamente la base de toda vida humano factible.